

Los últimos capítulos expresan las opiniones personales del autor, llevando como títulos: «De lo cotidiano a lo auténtico» y «De la soledad a la comunión». Se intenta aprovechar los puntos de vista descritos por el existencialismo y las ventajas del método fenomenológico (concebido con tanta amplitud que linda al psicoanálisis) para una doctrina de carácter optimista y moralmente constructiva. Las conclusiones son perfectamente compatibles con las ideas cristianas, y están expuestas con atrayente persuasión. La intención divulgadora de la obra y la brevedad necesaria al intento dejan, sin embargo, alguna penumbra en torno a la conexión entre los puntos de partida y la meta felizmente lograda. Por ello I. Lepp debe referirse a sus anteriores escritos donde, más ampliamente, ha tratado estas cuestiones.

RAFAEL CASTEJÓN

BRUERA, José Juan: *Filosofía de la Paz*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1953; 211 págs.

El iusfilósofo rosarino empieza su *Filosofía de la Paz* con una exposición histórica del método dialéctico que, para él, más que método se convierte en algo medular y consustancial al pensamiento mismo. La dialéctica nos enseña que toda paz es «paz en la guerra» (Unamuno). Bruera pregunta: ¿Es menester concluir, sin atenuaciones, que el choque, la lucha, el combate, la oposición, tal vez la desarmonía, sean las condiciones inexcusables de todo desarrollo hacia adelante o hacia arriba? Su contestación es la siguiente: En lo que concierne al *orden de los pensamientos*, todo nos induce a pensar que la respuesta debe ser afirmativa. Pero en esta respuesta envolvemos nosotros, a nuestra vez, dos requisitos a los cuales debe estar rigurosamente condicionada: que la lucha sea de *ideas* y que se libere sobre *oposiciones rigurosas*. La primera condición alude al dualismo de pensamiento y acción. La segunda contempla la distinción entre oposición contraria y contradictoria. Para que las secuencias dialécticas tengan un desarrollo provechoso la oposición que debe sustanciar es la *contraria*. Se supera, con ello, la mera negativa contradictoria, que no rebasa lo formal, y se da entrada a un auténtico juego de contrarios, donde cada uno de ellos aporta el cúmulo universal de conflicto y pugna, determinantes de una verdadera batalla que surge de la entraña viva de la esfera del ser, y no solamente del pensar. Al chocar dos juicios según oposición *contradictoria*, sólo una nota conceptual de cada uno es controvertida por el otro. Si el apareamiento se produce por oposición *contraria*, multitud de notas conceptuales —sólo *pensadas*, sí, pero espejándose en la ontología— entran en beligerancia recíproca. La oposición dialéctica debe ser de contrarios, para que el desajuste sea verdaderamente proficuo y pueda reflejar la infinidad miriónima del ser. Vemos, pues, que en la esfera

del pensamiento no hay sino paz en la guerra. Estribando la lógica en la ontología, es de suponer que paz y guerra en la esfera real guarden una relación analógica. La oposición entre los entes que la razón crea y la que se suscita en la acción, difiere, desde luego, cualitativamente; pero lo que importa es que el progreso derivado de la pugna dialéctica se mantiene también en el orden de los actos, y en este juego de contradicciones fácticas ejercita su libertad el hombre en la medida que se lanza a poner obstáculos y a superarlos. De esta manera no corre riesgo la oposición fáctica de transformarse en contienda bélica, porque ya sabemos que la voluntad dirige la acción, es la acción, y que el hombre es un ser que puede imponer su voluntad y, por tanto, *puede lo que quiere*. La voluntad subordinada al valor es la garantía máxima de que el hombre no necesita suprimir o aniquilar a un semejante para realizar su acto, porque entre estos valores que jerarquizan y ennoblecen la vida humana se halla la paz. Nada significa la paz como *hecho* mientras no se la piense como *valor*. Para que un hombre luche contra su prójimo con ansias de exterminio y continuadamente, es *menester engañarlo siempre de algún modo*. Porque el sujeto que reflexiona no pelea, y en lugar de las armas apela al derecho. Una de las formas de engaño la hallamos en el mito que subsiste en el mundo moderno. Lo prueba, por ejemplo, el mito racial. Bruera dedica luego agudas meditaciones al lenguaje. Del pensamiento a la acción, de la acción al lenguaje, del lenguaje a una de sus formas integrantes: el gesto, se va tejiendo la trama de hechos y de ideas sobre los cuales puede comenzar a construirse una doctrina de la convivencia y de la actitud pacífica, o bien, si esa trama presenta eslabones y costuras falsas, dar entrada a la desarmonía y al desorden. No obstante, el verdadero problema consiste en saber si entre pensamiento y lenguaje hay compatibilidad o rechazo recíproco. Pensamiento y lenguaje no casan entre sí. Además hay lenguajes diversos. Un lenguaje será apto para promover ideas de paz en la medida que quien lo emplea se aperciba de que pueda ser sonido y pantalla, música e imagen. Pero no es menos cierto que la palabra puede ser, a veces, proyectada como un dardo, inyectada como un veneno, y desatar, así, las pasiones más tempestuosas, las acciones más sangrientas, los crímenes más horrendos. El autor consagra a continuación sendos capítulos al Derecho y a la religión como posibles garantías de la paz exterior e interior. En el plano ético lo más importante es destacar con insistencia que toda justicia debe corresponderse con la paz social o, mejor dicho, que las nociones de justicia y paz (en sentido social) van unidas, puesto que resulta inadmisibles la idea de una paz injusta o de una justicia violenta. El juicio moral sólo puede proponer: *paz justa y justicia pacífica*.

El iusfilósofo rosarino parte, pues, como de un paradigma de la lucha dialéctica de los conceptos que nunca es aniquilación, sino siempre superación. Debemos lograr en el mundo de la acción igual lucha noble, incruenta. Será posible llevar a buen puerto tamaña empresa si, por una vertiente, estamos sobre aviso de los peligros de los

«ídola» del mito y del lenguaje, y si, por la otra, sabemos empapar el mundo en valores, sea en la religión a fin de obtener la verdadera disposición del alma, sea en el Derecho tendiente a asegurar el auténtico estado de la sociedad. El libro de Bruera es erudito en su material, profundo en su pensamiento y, sobre todo, rebotante de buena voluntad.

WERNER GOLDSCHMIDT

SCHNEIDER, Friedrich: *Philosophie der Gegenwart*. Colección *Glauben und Wissen*, núm. 12. Ernst Reinhart. München-Basel, 1953; 75 páginas.

Se trata, como advierte el autor en el prólogo, de un breve resumen, expositivo y crítico. La falta de tiempo, mal de nuestros días, no permite muchas veces acudir a los originales, siendo, de otra parte, indispensable el manejo y conocimiento de las grandes corrientes filosóficas contemporáneas. Este brevísimo manual se dirige, por tanto, a cultivadores de otras ciencias, principiantes, párrocos, etc.

El libro se estructura en cuatro apartados, que constituyen los cuatro capítulos en que se divide. En el primero de ellos se nos pone en contacto con la raíz de la filosofía actual a partir de Descartes. Es lo que llama «Filosofía del espíritu». Bajo este epígrafe cae también todo el gran idealismo alemán con Kant a la cabeza. El giro respecto a lo anterior se manifiesta con mayor claridad en la «teoría del conocimiento» de este período. Los dos cambios fundamentales que se introducen se resumen así: respecto al *objeto* trascendente, el realismo afirma su cognoscibilidad como «en sí», mientras que el idealismo piensa a la cosa en sí inasible (vía del *ens revelatum*, al *ens absconditum*). Respecto al *sujeto*, el realismo lo entendió como receptor, el idealismo como productor de la objetividad. Según estos caracteres, se edifica una ética, una ontología, una teología, etc., «del espíritu».

Lo que Schneider llama, en su segundo capítulo, «filosofía de la vida», cambia este punto de vista. Es imposible aprehender la realidad desde «el espíritu», pero más imposible aún aprehender lo humano. La Filosofía debe tratar de reivindicar los sentidos, el hombre total. En este capítulo aparecen los nombres de Ludwig Feuerbach, Arthur Schopenhauer y Friedrich Nietzsche. «No hay realidades espirituales más que en sentido simbólico... El cuerpo es más listo que el espíritu...» La teoría del conocimiento se encajona en el mundo como libertad y representación. En esta corriente se deslizan la ontología y la ética («voluntad de poder», que engendra cierto «inmoralismo» como reacción natural a la ética «del espíritu»). Aparece la figura de Klages, y en el campo de lo propiamente teológico Kurt Leese y Adolf Schlatter.

El tercer capítulo se dedica a la filosofía de la existencia. Descubierta la realidad del impulso vital y la esfera de inmanencia del yo, ¿no sería imposible unirlos? Encontrar razón al irracionalismo vital